

EL VASCUENCE Y LA LIGÜISTICA

Por Antonio Tovar

Ya hacía años que no tenía oportunidad de hablar en una ciudad vascongada sobre la antigua lengua del país, y en verdad que ha hecho falta el compromiso de amistad con mi querido colaborador Manuel Agud Querol y mi antiguo respeto y admiración por don Julio de Urquijo para que aceptara. Tratar aquello en que no se pasa de ser un estudioso aficionado, y delante de un público en el que sin duda hay no sólo excelentes hablantes del euskera, sino incluso especialistas y conocedores de sus profundidades, no deja de ser una audacia. Y más que, absorbido en los últimos años por otras ocupaciones, sólo he podido dedicar a la lengua vasca las horas no escasas de redacción del diccionario etimológico en el que Michelena, Agud y yo trabajamos desde hace veinte años, sin que veamos todavía ni de lejos el fin de nuestro propósito.

No puedo por eso exponer resultados de investigaciones recientes, pues el trabajo del diccionario se presta mal a una exposición oral, y otras apenas he podido hacer.

Voy por eso a situarme ante los estudios vascos y a trazar como mejor pueda, en relación con el desarrollo de la lingüística, el panorama de sus realidades y de las necesidades que me atrevería a señalar como más urgentes.

La conmemoración de don Julio de Urquijo es una excelente oportunidad, pues quizá nadie hasta ahora ha sabido como él convertir en científico el estudio de la lengua vasca, y atraer hacia ella y canalizar la atención de varios grandes sabios. La *Revista Internacional de Estudios Vascos* que él fundara, fue durante 30 años, salvando incluso el peligroso momento de la primera guerra mundial, órgano central de la investigación. Ella hizo en gran parte posibles con altura científica los Congresos de Estudios Vascos, y en ella es-

cribieron Schuchardt y Gavel, Saroïhandy y Meyer-Lübke, C. C. Uhlenbeck y Ernst Lewy y Rohlf: estudiosos todos de una época en que la lingüística floreció con el rótulo de histórica. Podemos con Fausto Arocena recordar los nombres de otros grandes colaboradores: Menéndez Pelayo y Campión, Vinson y Lacombe. García de Diego y el novelista vasco D. de Aguirre, Serapio Múgica y Telesforo de Aranzadi, el prehistoriador Barandiarán y el germano-vasco G. Bähr, P. de Yrizar el dialectólogo y Eleizalde con sus valiosas notas de topónimos, el lexicógrafo Lhande y el fonético Navarro Tomás, además del viejo vascólogo alemán Linschmann. Es la nómina completa de los interesados en la lengua y la cultura vasca y en el pasado del país.

Cuando don Julio comenzó su trabajo, la lengua vasca era campo de estudios a menudo fantásticos. El comenzó a podar las frondosas ramas, rodeó de precauciones la alegre formulación de teorías y desconfió por sistema de las afirmaciones demasiado seguras en cuestiones opinables. Don Julio, como nos contó en memorable artículo, en el *Homenaje* a él dedicado, nuestro querido amigo, ya desaparecido, Mariano Ciriquiain-Gaiztarro, fue un bibliófilo constante y afortunado. Consiguió reunir la biblioteca vasca que es justamente orgullo de este Seminario y de la Diputación de Guipúzcoa. Su esmero en revisar y cotejar ediciones, en buscar textos auténticos y precisar qué variante hay que elegir, corresponde muy bien a su celo y rigor en la lingüística, y a su prudencia ante las teorías desbocadas.

La ciencia de su tiempo era histórica, e histórica fue la consideración que se dedicó a la lengua vasca en la *Revista*. Contrastando con la sobria curiosidad de don Julio, Schuchardt se reservó con su alta autoridad los arriesgados problemas de orígenes y relaciones del vascuence: conexiones con el ibérico y el caucásico y el camítico, etimologías y parentescos. En dirección algo semejante se orientarían más tarde, en las postrimerías de la *Revista*, los estudios de Lewy. Por otro lado, las relaciones con el mundo románico, en las que Schuchardt había trabajado también como un genial investigador, fueron continuadas por Saroïhandy, por Meyer-Lübke y Rohlf.

Lo que ahora llamamos lingüística descriptiva apenas si fue cultivada por entonces. Cuando un tan buen conocedor de la lengua como Henri Gavel se dedicaba a analizarla, ofrecía, bajo la influencia de lo que en su época se exigía de los lingüistas, ricos cuadros históricos. Así ocurre en el volumen entero de la *Revista* que cubre los años de interrupción de la primera guerra mundial, en el cual se publicó la preciosa fonética histórica de dicho autor.

Cuando los acontecimientos de 1936 trajeron consigo la desaparición de la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, la obra a que don Julio dedicó su vida, no habían podido reflejarse en ella otras corrientes que la historicista y positivista que hasta entonces dominaban solas. Los entonces recientes descubrimientos de Trubetzkoy no podían aún haber marcado huella en sus páginas, y menos las corrientes de la lingüística norteamericana, que había surgido tan lejos de las orientaciones europeas.

Si se me permite que entre paréntesis me refiera a algunos episodios de mi relación personal con don Julio de Urquijo, podré recordar que en los años de nuestra postguerra, desde que en 1942 pasé como catedrático a Salamanca, echando de menos el órgano científico que era la *Revista*, hube de visitarle más de una vez aquí en San Sebastián, para tratar de convencerle de que resucitara la *Revista*. Negábase siempre don Julio, con la amabilidad que le caracterizaba, pero alegando las mil razones que su experiencia vital, ya larga entonces, le hacía evidentes: desde las dificultades dimanantes de la guerra mundial, entonces en trágico curso, hasta los delicados problemas políticos, pasando por la desaparición de colaboradores, dispersos y alejados.

De estas conversaciones con don Julio y con otras personas surgió la idea de dedicarle una publicación, el *Homenaje*, que la R. Sociedad Vascongada de Amigos del País llegó a convertir en realidad en tres hermosos volúmenes de 1949 a 1951. Quizá contribuyeron también a la idea de fundar al fin, a partir de 1945, el *Boletín* de la misma Sociedad, que en cierto modo nacía para cubrir el vacío de la *Revista* de Urquijo.

Representativo de lo que los científicos no pedían al vascuence en la época de la *Revista* es el trabajo que en sus últimos años Hugo Schuchardt, uno de sus más ilustres colaboradores, publicó en las actas de la Academia de Viena y cuyo título me ha servido para esta conferencia que tengo el honor de pronunciar.

Es cierto que Schuchardt, por razones de edad y de orientación científica, no puede ser considerado el representante más genuino de la etapa histórico-positivista de la evolución de nuestra ciencia. Era unos años más viejo que los fundadores de la escuela neogramática, y se diferenció de un Brugmann o un Meyer-Lübke —por citar a alguno de los máximos orientadores de la dirección que supo dar nuevo rigor a la lingüística— precisamente en su interés por relaciones lingüísticas que estaban fuera de las estrictas correspondencias a que aplicaban sus rigurosos métodos los que se llamaron «jóvenes gramáticos».

En una palabra, dedicarse a la lengua vasca era entonces un estudio poco ortodoxo. Compararla con sus vecinas, sin ser una lengua románica, no cabía dentro de las rigurosas correspondencias que las entonces nuevas corrientes lingüísticas fundaban en estrictas «leyes» fonéticas.

Sin embargo, las lecciones que Schuchardt supo sacar del vascuence para la lingüística general fueron entonces, aun en un ambiente poco favorable, sumamente incitantes. La tendencia espontánea que tenemos a tomar nuestra lengua nativa como «la» lengua por excelencia, no es siempre corregida por los estudios lingüísticos, y así como los neogramáticos de la era positivista tendían a considerar como lengua tipo el románico común o el indoeuropeo reconstruido, así tienden hoy estructuralistas o transformacionalistas a creer que la lengua tipo es el inglés —por ejemplo. Schuchardt, que por su enorme curiosidad aprendió él solo a saltar las barreras de la especialización y a ver el románico desde las fronteras célticas o eslavas, descubrió en el vascuence —y a través de él y en sus comparaciones vascas en lenguas caucásicas o africanas— las infinitas e imprevisibles posibilidades de la mente humana ante la necesidad de expresarse.

Lingüística general era para él —y esta era la lección que debió al vascuence, continuando a Humboldt y a la vez adelantándose a su tiempo— la ciencia de esas posibilidades. Y como tal, una ciencia no empírica, ya que ¿quién podrá sin disolverse abarcar las posibilidades innúmeras que se dan en las lenguas del mundo? Frente a la limitada imagen que la ciencia de sus contemporáneos era capaz de trazar sobre el modelo de la lengua que se reconstruía por comparación de un grupo emparentado, presentaba Schuchardt, guiado por el contraste de esa lengua paleoeuropea que es el vasco, el cuadro de la misma lengua humana en general, de las posibilidades infinitas que se insinúan tan pronto como salimos de un grupo determinado y comparamos lo incomparable: dos lenguas que pertenecen a mundos diferentes, cual es el caso del euskera y nuestras lenguas románicas o indoeuropeas en general.

La lección de Schuchardt se mantiene viva al cabo de nueve lustros, pues su desiderata de una lingüística general que no se base en la imagen de la lengua propia, o del grupo lingüístico con el que nos hemos compenetrado por el estudio, se mantiene todavía como algo no alcanzado.

En efecto, si se me permite que en un cierto aspecto, el científico-lingüístico, haga memorias de mi vida, puede ser útil examinar el eco que las diferente corrientes han ido teniendo en el estudio de

la lengua vasca, y a la vez las posibilidades que esta lengua, como original y aislada, ofrece para una lingüística de veras general, ciencia aún apenas existente.

Parece se puede decir que todo descubrimiento científico se logra, a la vez que alcanzando un horizonte nuevo, renunciando a otro y cegándose para un cierto tipo de problemas. El rigor que alcanza la nueva lingüística histórica y comparada hacia 1870, gracias a la escuela de los neogramáticos, se traduce en el descrédito y abandono de problemas importantísimos, que fueron relegados a la categoría de no científicos. La línea de la lingüística general, inaugurada por Guillermo de Humboldt, otro de los grandes estudiosos del vasco, en los primeros decenios del siglo XIX, quedó abandonada. La universalidad de los conocimientos de nuestro Hervás y Panduro, que se atrevió a hacer el *Catálogo de las lenguas*, y a considerar el mapa universal de las lenguas como un aspecto a su vez de lo que él llamó en su gigantesca obra en italiano *Idea dell'Universo* (21 volúmenes, 1778-1787), quedó totalmente abandonada. El lingüista, al hacerse riguroso, se hizo especialista, y no se atrevió a hablar sino del campo limitado en que se sentía seguro. Se había de ser romanista, germanista, indólogo, eslavista, etc., pero sólo algunos espíritus formados antes de la nueva lingüística positivista, como H. Steinthal en Berlín, como Ascoli en Italia, o el romanista y vascólogo Schuchardt, podían mantener abierta una curiosidad que no se sentía limitada por las especialidades precisas.

Don Julio de Urquijo, por razones que podríamos llamar generacionales, fue educado en la severa escuela de los neogramáticos, lo mismo que su coetáneo don Ramón Menéndez Pidal. Don Julio en sus trabajos de lingüista, filólogo y bibliófilo, supo apreciar la ciencia en cuanto ella tenía de sobrio, cauteloso y seguro, y se dedicó por eso a depurar textos, a revisar afirmaciones, a negar fantasías, a poner sobre firmes bases de certeza el conocimiento de la lengua y la literatura antigua vasca.

En la especialización que escogieron los dos pilares de la vascolología de su tiempo tocóle a don Julio aplicar la lección de los neogramáticos, mientras que por su parte don Resurrección M.^a de Azkue hubo de inventar, un poco a su manera, el estudio de la dialectología y el folklore, que una nueva generación, la de J. Gilliéron, por ejemplo, aplicaba con los nuevos métodos de observación y registro en los Atlas lingüísticos.

Pero es evidente que la desgraciada interrupción de la *Revista* en 1936 correspondió a un cambio de época: en 1928 Trubetzkoy y R. Jakobson habían presentado en el Primer Congreso de Lingüistas de

La Haya (un Congreso en el que tomó parte don Julio) los fundamentos de una nueva lingüística, desarrollándola ya en una de sus partes: la fonología.

Por aquellos años también en los Estados Unidos, ante los problemas del estudio de las lenguas americanas, se habían desarrollado, con un cierto paralelismo, ideas nuevas, que incluso en ciertos libros de divulgación, como la *Language* de Sapir (1921) y la estimulante obra de igual título de Bloomfield (1933) iban encontrando afortunadas formulaciones. En vísperas de la segunda guerra mundial aparecían en Praga los *Grundzüge der Phonologie* del Príncipe Trubetzkoy. Al terminar la guerra todos estos fermentos se manifestaron en una lingüística nueva, que arrumbó al desván de las cosas viejas la sólida lingüística que todavía la gente de mi generación habíamos aprendido de nuestros maestros.

Permitidme, pues, que presente de un modo un poco biográfico esta crisis y cambio de la lingüística actual que puede sacar lecciones, como de lengua de contraste, de nuestro vascuence.

En todos los campos es incómoda una crisis, y ello es evidente cuando los usos sociales, las convenciones y tabús, lo sagrado y lo profano se encuentran en tan profundo cambio como el que estamos viviendo. Pero una crisis es igual de incómoda para un modesto científico que para una autoridad, un alto dignatario religioso o un padre de familia. Se encuentra con que los conceptos con que trabaja han sido declarados en parte inválidos, y con que lo que interesa es distinto. Tiene que iniciar una rehabilitación y comenzar una tarea de «ponerse al día» que se parece a volver a estudiar de nuevo.

A mí, como a muchos compañeros míos, y no sólo de mi generación, sino más jóvenes, me ocurrió esto en los años que siguieron a la guerra mundial. A medida que la vida se iba reanudando en los países antes beligerantes, y que iba siendo posible el comercio libre-ro o el intercambio, iban llegando a nuestras manos libros. Se imponía la realidad de una crítica a las teorías que habíamos aprendido, y éstas resultaban insuficientes.

La gran corriente ante la que nos encontramos se perfiló en lo que luego se comenzó a llamar estructuralismo. Ya es sabido que el proclamado precursor de las nuevas tendencias, F. de Saussure, fue un indoeuropeista suizo de formación alemana, que contribuyó durante una época en que enseñó en París a la difusión de las doctrinas neogramáticas. Su memoria sobre el vocalismo indoeuropeo (1878) no había sido, sin duda por demasiado original, discutida, y menos aún aceptada. Después Saussure había publicado pequeños trabajos sobre cuestiones de gramática comparada, y en los últimos

años de su vida, retirado a enseñar en la universidad de su ciudad natal, Ginebra, había dado unos cursos de lingüística general.

Póstumamente sus discípulos publicaron los materiales del curso, tal como se pudo reconstruir con los apuntes de diversos oyentes. En el curso era idea fundamental la de que una lengua no está formada por unos cuantos rasgos caprichosos y aislados, sino que es, él decía, *un systéme où tout se tient*.

Al descubrirse años después por los fonólogos de la Escuela de Praga a que hemos aludido, y por los lingüistas norteamericanos discípulos de Boas (que querían describir las lenguas indígenas desde dentro de ellas mismas, sin poner como modelo la lengua del descriptor mismo), que por de pronto la fonología o fonémica —por usar los términos que respectivamente una y otra escuela emplearon— era un sistema en el que podía aislarse un corto número de elementos relacionados de varias y sistemáticas maneras entre sí, la idea saussureana del *systéme où tout se tient* se convirtió en el antecedente de la nueva lingüística.

A la visión atomística y singular de la lingüística histórica venía a sustituir el concepto de *sistema* y *estructura*, por el cual las realidades lingüísticas resultaban en sus diferentes planos agrupables de un modo coherente y sistemático.

Se descubrían así leyes internas que gobernaban las relaciones mutuas entre los elementos de cada plano, y resultaban naturalmente más visibles las estructuras allí donde el número de elementos era más reducido. La estructura fonológica de una lengua puede describirse brevemente y presentarse en un cuadro sinóptico.

Según vamos ascendiendo del plano fonológico al morfológico, la estructura se vuelve menos transparente, por aumentar el número de factores y sin duda entrar en juego relaciones en más de un plano. Y la organización de la estructura se vuelve más difícil en el plano de la sintaxis y aún más en el del léxico, donde las realidades no se pueden reducir a número.

Durante tres o cuatro lustros los lingüistas revisaron métodos y cambiaron la orientación de su ciencia. En lugar de la investigación histórica, ocupó el primer plano la descripción de la realidad lingüística en un momento dado. Utilizando otra vez una expresión de Saussure, en lugar de la *diacronía* fue la *sincronía* lo que atrajo la atención de los lingüistas. No la gramática histórica, sino la gramática descriptiva; no cómo se ha formado un idioma, sino cómo funciona en un momento dado.

Es evidente que estas descripciones sincrónicas servían muy bien para finalidades prácticas. La enseñanza de lenguas, tarea que los

lingüistas historicistas desdeñaban como modesta ocupación práctica, pasó a ser organizada científicamente. En combinación con psicólogos trazaron los lingüistas planes para enseñar las lenguas atendiendo por una parte a la formación de hábitos, mientras que por otra el análisis estructural descubría sus elementos constitutivos.

El análisis estructural de una lengua, así el del inglés por Fries, o por Smith-Trager, se independizaba de la tradición por completo y borraba los últimos restos de la tradición de la gramática greco-latina. Así se desarrolló, con fines prácticos, para los militares o los funcionarios norteamericanos que tenían que actuar en diversos continentes, una enseñanza que podía abreviarse en el tiempo, proporcionando una especie de automaticidad como la que se ha adquirido en la lengua nativa. Tal enseñanza práctica, precisamente al ser aplicada a lenguas con marcados caracteres de cultura exótica, desligó la escritura y la misma tradición literaria. No se trataba de formar sinólogos o arabistas, sino de enseñar con fines prácticos y en poco tiempo chino de Cantón o árabe de Egipto.

Al romper así el vínculo con la lengua escrita se descubrió que siempre había sido un estorbo la escritura para el estudio de la realidad primaria de la lengua. Resultó evidente lo que no debiera nunca haberse olvidado: que la lengua es ante todo palabra hablada, y sólo secundariamente escritura. Pero la gramática lleva en su nombre mismo: *tékhne*: *grammatiké*: «arte de las letras» la huella de haber nacido para enseñar a leer lo escrito, las letras, es decir, los autores de lengua anticuada y difícil, como Homero, que no estaban al alcance del hablante normal.

Es cierto que los lingüistas positivistas habían comenzado a hablar de *sonidos* y *fonemas* en vez de *letras*, pero la liberación de la lengua de su imagen escrita pertenece a las novedades de nuestro tiempo.

Otra novedad de la lingüística de después de la segunda guerra mundial ha sido la preferencia de las formas modernas de las lenguas frente a las antiguas, que desde siempre eran las más prestigiosas para los gramáticos. Ahora es más fácil seguramente encontrar en las universidades de Estados Unidos un estudiante de hindí que de sánscrito, o de un dialecto árabe moderno que de la lengua del Corán. Es cierto que la lingüística historicista no hacía sino continuar el modelo de las filologías tradicionales, basadas en lenguas sacras, como el hebreo o el árabe, o clásicas, como el griego o el latín. Cuando el conocimiento del sánscrito llevó a los lingüistas europeos a fundar los métodos de la lingüística comparada, vinieron a añadirse nuevas lenguas sacras, como el sánscrito en su forma más antigua, el védico, y el

avéstico, y el gótico, el armenio y el eslavo de las traducciones bíblicas. Los historicistas se interesaban, por exigencias del método y de su propia orientación, en las formas más antiguas de las lenguas.

Eco de esa orientación fue en los estudios vascos, ya lo hemos dicho, la *Revista* de don Julio. El mismo se ocupó, como era necesario entonces, de depurar textos y editarlos, como los *Refranes*, *Axular*, etc. En la *Revista* se cultivó la lingüística histórica, y fue también en la misma dirección como uno de los más grandes vascólogos contemporáneos, René Lafon, escribió su gran tesis sobre la morfología del verbo vasco en los textos del siglo XVI.

La *Revista* descuidó un tanto, dejando este campo a Azkue y a la Academia de la Lengua Vasca, el estudio de la lengua viva y la descripción de lo contemporáneo. Hubo, entre la lingüística histórica positivista y la crisis contemporánea que se hizo evidente al terminar la segunda guerra mundial, una vuelta hacia las lenguas vivas (románicas, germánicas, etc.), que se manifestó en la atención a los dialectos, a la correspondencia cultural de palabras y cosas, a la confección de atlas lingüísticos. Los estudios vascos se beneficiaron relativamente poco de esas corrientes, que eran muy nuevas cuando don Julio fundó la *Revista*, y que no encontraron muchos cultivadores, si exceptuamos al gran Azkue. Mientras los neologistas preferían inventar palabras a estudiarlas en boca del pueblo, y la *Revista* cultivaba el historicismo que representaba las corrientes dominantes en las universidades, sólo Azkue captaba a su manera la lengua hablada, y en sus grandes obras, su *Diccionario*, su *Morfología*, daba sin cansarse indicaciones geográficas y dialectológicas, sustituyendo, lo mejor que podía, ese atlas lingüístico vasco que todavía no existe.

Continuando esta ojeada a la historia de los estudios vascos, nos encontramos con que por fin las corrientes estructurales tuvieron eco entre nosotros. Ya desde el origen los estructuralistas se dieron cuenta de que el método era aplicable no sólo a la lingüística descriptiva, sino para la explicación de los cambios diacrónicos o históricos.

En la aplicación de los nuevos métodos a la lingüística histórica se distinguió un maestro francés que ha tenido gran influencia en España, me refiero a André Martinet. Podríamos decir que la relación de Martinet con los estudios vascos, personificada en el mejor de nuestros lingüistas vascólogos, el doctor Michelena, le fue a él mismo muy útil, y fruto de esa relación son algunos artículos muy importantes de Martinet sobre la fonética histórica del vasco.

En esta corriente estructuralista hay que colocar buena parte de la obra de nuestro amigo Michelena. Con la ayuda de las nuevas

ideas, que permite sistematizar y no perderse en la confusión de los detalles, pudo rehacer los trabajos de sus predecesores Uhlenbeck y Gavel y darnos en su *Fonética histórica* una obra fundamental que resuelve de modo nuevo muchos problemas antes oscuros.

Sin duda que la aplicación del estructuralismo a los estudios vascos no está agotada, y la morfología de la lengua está esperando que el método se aplique más. Un maestro que ya hemos citado como de gran labor historicista, René Lafon, aplicó a la noción de tiempo y aspecto en el verbo vasco de ciertos dialectos métodos que atienden a la estructura, y con ello ha conseguido una ordenación muy clara.

Pero del estudio de la estructura pueden sacarse más ventajas para el conocimiento de la lengua viva, y en la tarea urgente de hacer posible la enseñanza escolar y de tener en cuenta en ella de un modo conveniente la dialectología, son métodos estructurales los que hay que aplicar.

Al recomendarlos no nos dejamos llevar de una moda. El estructuralismo, nacido entre lingüistas, se ha extendido en los últimos años, sobre todo en Francia, a las ciencias sociales.

Recordemos ante todo que en la misma lingüística, donde originariamente se ha desarrollado el método, la aplicación de éste se vuelve difícil allí donde el número de factores aumenta. Al ascender del plano fonológico al morfológico, el estructuralismo se vuelve más complicado y menos eficaz, y en los niveles más complejos de la lengua, sobre todo en el léxico, el estructuralismo se aplica no sin ciertas limitaciones y arbitrariedades.

Actualmente el estructuralismo, solo o en diversas combinaciones, se aplica como por consigna en sociología, antropología y otras ciencias que pretenden estudiar especulativamente diversos órdenes de la actividad humana, sin renunciar a resolver prácticamente, en ciertas orientaciones, los problemas prácticos. Debo confesar que, sin ser competente en ninguna de las otras ciencias, y no habiendo seguido tampoco de cerca la aplicación del estructuralismo a ninguna, fuera de la lingüística, la lectura de varias obras de uno de los más prestigiosos «estructuralistas» en las ciencias sociales no me ha convencido mucho. Me refiero al antropólogo o etnólogo francés Claude Lévi-Strauss, hoy figura de moda. Con sus grandes conocimientos, sobre todo en etnología de América del Sur, y sus magníficas dotes de escritor, ha presentado de una manera brillante complicados aspectos de la sociedad humana, como el parentesco, los mitos, usos sociales, instituciones cual la cocina, etc., como estructuras no sólo en sí mismos, sino en su interrelación.

La sensación que en el estudio de la lengua tenemos de ir perdiendo el suelo bajo nuestros pies a medida que vamos ascendiendo del plano en que se conjuga un número contable de elementos a planos con creciente número de factores, se acentúa en mí hasta el vértigo cuando vemos aplicar el método a realidades sumamente complejas. La idea de archifonema o fonema, en el que los alófonos o fonos se reducen a unidad es tan obvia, que la ortografía tradicional de cualquier lengua contaba con ella de modo no formulado. La *ñ* que pronunciamos en la palabra *ancho* o la *p* que en inicial se pronuncia aspirada en inglés son realizaciones del fonema *n* o *p* que suena respectivamente sin palatalizar y sin aspirar en otras posiciones, y se reducen a ellas, como lo sabía ya, antes que los fonólogos, la ortografía usual.

Pero tal claridad falta en estructuras complicadas, donde el archifenómeno de un mito no se descubre quizá por ninguna parte.

Mas dejémonos de estas críticas a lo que nos parecen desviaciones del estructuralismo, ya que tenemos que insistir todavía en lo mucho que se puede hacer con métodos estructurales en la descripción de la lengua vasca, tanto en el campo de la lingüística histórica, en el que ya hemos citados brillantes aplicaciones, como en el de la descriptiva o sincrónica, donde el trabajo está muy atrasado.

La ciencia moderna se caracteriza por su dinamismo. Ya he contado cómo los lingüistas de mi generación nos hemos encontrado ante una revolución, la del estructuralismo, que nos obligó a plantearnos otra vez nuestros estudios y nos abrió posibilidades de trabajo fecundas. Una nueva dirección ha seguido al estructuralismo, de origen norteamericano: la que se llama gramática generativa o transformacional.

En esta corriente, que como muchos de ustedes saben, fue fundada por otro sabio de gran fama, Noam Chomsky, se acentuaron al principio los rasgos antihistóricos del estructuralismo.

La gramática, todavía la de los estructuralistas, se aplicaba siempre a un *corpus* escrito o registrado en cinta magnetofónica. Una lengua que se estudiaba, lo mismo en la gramática tradicional que se proponía facilitar la comprensión y en su caso la imitación de Homero o de Cicerón, que en la estructuralista que buscaba descubrir los rasgos de una lengua indígena, consistía en un *corpus*, una colección ya cerrada de *utterances*, de aseveraciones, exclamaciones, preguntas, mandatos, etc. La gramática se aplicaba a textos que estaban ahí, bien en forma de escritura, o de Sagrada Escritura, bien para sonar en un magnetófono.

Pero la gramática generativa se orientó sobre la lengua en su misma creación, en su hacerse espontáneo. Por primera vez la lingüística se hacía cargo de la repetida frase de Humboldt que parecía contener un programa: a saber que la lengua no es tanto un *érgon*, una realidad alcanzada, como una *enérgeia*, una potencialidad.

Por primera vez en el transformacionalismo de Chomsky el lingüista no se limita a analizar textos, sino que reflexiona sobre una lengua que domina, y analiza sus posibilidades. El criterio de la corrección, de la «gramaticalidad», es determinante. El gramático va viendo las frases que son posibles, es decir, correctas, y las que no, y cómo pueden sustituirse o *transformarse* en otras. La gramática generativa no está al alcance sino del que domina como propia la lengua, o colabora con un informante seguro y bien preparado. Pues el criterio es el que se llama de *competencia*.

La parte de la gramática que para los estructuralistas era la más difícil de organizar, la sintaxis, ha sido para los transformacionalistas, desde el inicio, la de los más brillantes éxitos.

Esta corriente, ya no tan nueva, y que por una serie de razones entre las que figura la que llamaríamos de moda política, ha alcanzado gran difusión, podría ser aplicada con fruto al estudio de la lengua vasca. La moda también ha comenzado a encontrar por otra parte puntos débiles en las teorías de Chomsky. A pesar de que en los últimos años las reglas del transformacionalismo se han aplicado con éxito a la misma lingüística histórica, precisamente en la fonética, la crítica se complace en señalar puntos débiles: deficiente conocimiento de doctrinas que el propio Chomsky ha dado como inspiradoras de las suyas, y sobre todo la repetición de la doctrina durante bastantes años sin que se repita la ingeniosa chispa que puso en marcha la teoría.

La situación en que se encuentra el transformacionalismo hoy se parece a la que hace diez años se le presentaba al estructuralismo. La diferencia es que lo que entonces era el empuje triunfal del transformacionalismo hoy no es más que un aumento de preguntas críticas.

Pero el balance de la lingüística en el último medio siglo, si queremos contarlo desde el breve libro de Sapir que citábamos, es enorme. La vieja lingüística, en la que mi generación aún se educó, nos parece demasiado llena de curiosidades filológicas, de historias de palabras, de etimologías nada más que probables, de dialectalismos, palabras viajeras, como un muestrario de irregularidades y de resultados del azar histórico.

Las nuevas corrientes nos han enseñado una serie de cosas fundamentales: que hay que construir la gramática desde la lengua misma, y no desde modelos externos a ella, que los fonemas son una estructura y los morfemas se ordenan en una jerarquía, que la sintaxis expresa la «estructura profunda» con «estructuras superficiales» que pueden no ser homólogas... El éxito no ha sido tan grande aún en materia de lexicografía, pero no debemos desesperar de que un día no se puedan conocer las reglas por las que la mente humana construye y maneja el vocabulario y se maneja ella misma en él. Quizá es por este lado por donde la lingüística está avanzando más ahora.

Me temo que estoy ya abusando de vuestra paciencia y será mejor que termine deduciendo alguna lección de inmediata utilidad práctica. Ya hemos visto cómo fue muy principalmente por obra de nuestro don Julio de Urquijo como la lingüística científica comenzó a ser aplicada a la lengua vasca. Antes de él hubo gramáticos, pero si exceptuamos alguna figura como la del príncipe Bonaparte, genial precursor de la dialectología, o el historiador francés Achille Luchaire, que reconoció las raíces vascas de la antigua Aquitania, fue Urquijo el fundador del estudio científico. El atrajo a la revista a los iniciadores de la lingüística histórica vasca, él mantuvo siempre el rigor y la exigencia de las cátedras positivistas sus contemporáneas. Y junto a él Azkue, que representó con solitaria espontaneidad la corriente recolectora de léxico y folk-lore.

Después otros investigadores, como ya lo hemos dicho, citando especialmente el nombre de nuestro Michelena, han aplicado con fortuna al vascuence los métodos estructurales.

En la todavía incompleta tarea de estudiar la lengua vasca, y en las finalidades prácticas de facilitar, sobre bases científicas, su enseñanza, queda mucho por hacer. Quisiera que entre mis oyentes hubiera algún representante de las generaciones nuevas con vocación de vascólogo, capaz de comprender el interés y la necesidad de unir, con el amor a la lengua vasca, la lingüística moderna, esa que nos ha enseñado cada vez mejor a analizar, conocer y organizar la gramática de una lengua. Así se rendiría para las generaciones venideras, en las que hay que mantener la fidelidad al euskera, esa labor que hoy elogiamos para el pasado en don Julio de Urquijo.